

Obra de María Luisa Morales Zaragoza

Como en el caso de tantos profesionales que no han dejado de trabajar con entusiasmo durante toda su vida, la obra publicada de la Doctora María Luisa Morales es muy escasa, reducida a un libro escrito en colaboración con quien fue su psicoanalista y colega en las actividades de formación de analistas, la Dra. María Luisa Herreros, titulado *Lo femenino y la vida instintiva* (Planeta Ed., 1973), con prólogo de Rof Carballo, alguna intervención en congresos o jornadas, unas cuantas reseñas y colaboraciones en revistas culturales y el prólogo a un poemario de M^a. V. Atienza.

Pero gran lectora, con una biblioteca extensísima de literatura, historia, psicología, psiquiatría y psicoanálisis, ciencias naturales, sociología, antropología y artes, con algunas colecciones importantes (*Summa Artis*, la Geografía de Cantu, la Historia Universal de Reclus, la Historia Espasa de Menéndez-Pidal y Jover, muchos volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles o el Diccionario Enciclopédico Espasa), además de algún libro de bibliófilo (edición del XVIII de Fray Luis de Granada, facsímiles, etc.), entre sus papeles se han encontrado desde clases manuscritas a cursos mecanografiados, artículos sin fecha ni firma que revelan sus intereses, o textos preparados para sus muchas actividades de formación y difusión del psicoanálisis grupal y el psicoanálisis en general.

Están, finalmente, sus incursiones, a partir de la década de 1980, en los autores del Siglo de Oro español (Cervantes, Sta. Teresa de Jesús, S. Juan de Dios, S. Juan de la Cruz, Oliva Sabuco), dedicada a la elaboración de su tesis doctoral sobre la obra asistencial de S. Juan de Dios, presentada en 1989.

Entre sus labores editoriales, además de intervenir en las tareas de la Editorial de poesía Caballo de Plata, tradujo desde el inglés *Sexo y carácter*, de Weininger, *Psicología industrial*, de Gilmer, y *Experimento en personalidad*, de Eysenck, si bien tales traducciones quedaron “inéditas por diversas causas”.

Tampoco se han encontrado entre sus papeles ninguno de los escritos preparados para diferentes actos, según sabemos por los currículos. Así, nada se sabe de sus clases durante el curso 1978-79 sobre la obra de S. Ferenczi *Thalassa*, o sus textos sobre el *Quijote* u otras obras literarias. La intervención en un dossier sobre antipsiquiatría en la revista *Ozono* (1978) y su reseña del libro introductorio de O. Massota sobre Lacan en la revista *Prohemio* (1971) no constan entre sus papeles

En lo que sigue se intenta, en la medida de la documentación existente, fragmentaria y desordenada, ofrecer una aproximación a la obra escrita de quien fue una pionera del psicoanálisis español posterior a la Guerra Civil y una de las escasas introductoras del psicoanálisis grupal en nuestro país, al que dedicó tres décadas de didáctica en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, dentro de la Cátedra de José Luis Pinillos.

Psiquiatría

La primera prueba documental de la obra de la Dra. Morales la encontramos en unos “Apuntes de Psiquiatría” preparados para la Cátedra de Psiquiatría de la Universidad Complutense de Madrid, durante los cursos 1961-63. Compuesto por 34 capítulos cortos, la única firma que aparece es la de nuestra autora, en el capítulo 1, “Normal y anormal en la vida psíquica”. Pero según se lee en uno de sus currículos, “en 1961-62 redactó las lecciones introductorias y dos capítulos de los apuntes de Psiquiatría emitidos en la Facultad de Medicina”, por el cual sabemos que es la autora también de los capítulos 2 (“Constitución y herencia”), 3 (“Psicopatología general”) y 4 (“El desarrollo de la personalidad”), pudiendo colegirse su autoría de los capítulos 8 (“Problemas psicósomáticos”) y 29 (“Psicoterapia”).

Lo más relevante es que en el cap. 1 se establece una diferencia entre psiquiatría dinámica y descriptiva como “distintos puntos de vista” (p.2), y en el cap. 4 se introduce la terminología freudiana de las fases libidinales y la segunda tópica, así como la tipología junguiana. Para una psiquiatría como la española en esas fechas, estrictamente fenomenológica, es todo un logro.

En el capítulo dedicado a los problemas psicósomáticos puede leerse que “la medicina psicósomática no es una ciencia nueva sino un cambio de actitud, desde la visión material del hombre a una visión antropológica del hombre como un todo, en que la enfermedad aparece integrada en la biografía de un hombre que no solo la sufre sino que también la configura” (p. 25). Al atender no a la “causalidad psíquica” sino a la “condicionalidad psíquica” responde a la idea errónea de la existencia de ‘enfermedades psicósomáticas’.

Igualmente, en el cap. 29, “Psicoterapia” que empieza con el epígrafe ‘La personalidad del médico’, tras enumerar las características necesarias en el médico para el ejercicio de la psicoterapia (sensibilidad, objetividad, flexibilidad teórica, empatía y ausencia de problemas emocionales de cierta categoría), puede leerse que “son nocivas para el éxito terapéutico: la tendencia a ser dominante, pedante, autoritario, la pasividad y sumisión, el despego ‘científico’, la intolerancia y los prejuicios de todo tipo” (p.91). Rasgos todos ellos ausentes en la vida y trabajo de nuestra autora.

El tema cardinal de la normalidad/anormalidad vuelve a tratarlo la Dra. Morales más adelante. Si en los “Apuntes...” partía de que “el concepto de normalidad es muy difícil de establecer”, refiriéndose al “procedimiento estadístico” y “la propia experiencia”, y centrada en la “armonía e integración” (p. 1), en una charla ofrecida en la asociación madrileña Puente Cultural en noviembre de 1965, titulada “Psicología en la calle”, señala su triple concepto (estadístico, fisiológico y psíquico) y cita al respecto a K. Horney y E. Fromm, si bien señala que “ambos autores hacen una aportación del individuo en la sociedad americana y, ahora bien, podríamos plantearnos aquí hasta qué punto sus puntos de vista son aplicables para nosotros” (p.2).

Otro texto, sin datar, una especie de esquema referido a una fuente bibliográfica no citada y titulado “Normalidad—Anormalidad”, habla de los puntos de vista “estadístico”, el relativo a las “costumbres” y el “clínico” para definir la elusiva normalidad, subrayando que “el concepto adolece de una gran relatividad” y que “las fronteras entre lo anormal y lo normal pueden tener una amplia zona de incertidumbre o duda” (p.2).

Si la normalidad puede ser descrita desde los enfoques “clínico, estadístico y normativo” (p.3), introduce que “los trastornos psíquicos pueden ser considerados desde tres puntos de vista: somático, psíquico, psicosomático” (p. 3). La escuela rusa de Pavlov, Bechterev y Luria serían representantes del primer punto de vista, y Charcot y Bernheim del psíquico, aunque “el concepto de anormalidad cambió definitivamente con Freud” (p.3), seguido por Breuler y Jung. Se refiere después a la Gestalt, para la que “el individuo no puede ser entendido como un elemento aislado de su ambiente” (p.4). En cuanto a la perspectiva psicosomática “el organismo es una unidad en la que cualquier cosa que afecte el cuerpo afecta también a la organización psicológica e inversamente” (p.4).

La última incursión de la Dra. Morales en psicopatología que podemos documentar es su intervención en el curso introductorio a la psicología junguiana, impartido en la Universidad de Alcalá de Henares bajo la dirección de la Dra. Rebeca Retamales en 2006. Del programa en 7 puntos que ofrece nuestra autora ([1] Concepto de la Psicopatología, [2] Origen filosófico y médico, [3] Algunos datos de la historia de la Psicopatología, [4] Paradigmas psicológicos, [5] Breve descripción de los principales diagnósticos clínicos psicopatológicos, [6] Aportaciones junguianas a la Psicopatología y [7] La normalidad psíquica considerada como situación de equilibrio) poseemos los textos de los puntos 5 y 6.

Para la exposición la psicopatología descriptiva se apoya básicamente en el *Tratado de psiquiatría* de H. Ey. En cuanto a la psicopatología junguiana, sigue el texto de Pilar Quiroga *C.G. Jung. Vida, obra y psicoterapia*. Respecto a la psicopatología general, en la p. 2 de su texto aparece en mayúsculas que “la vida afectiva constituye la base del psiquismo”. En lo relativo a la perspectiva junguiana, en la p. 4 escribe que Jung “inaugura un nuevo método para ver la enfermedad como constructiva”.

Psicoanálisis

Entre el material encontrado, hay algunas páginas desperdigadas que tratan específicamente del psicoanálisis, fundamentalmente sobre la complejidad de la sesión psicoanalítica, pero sin que pueda establecerse una continuidad del discurso, pues aparentemente se trata de esquemas preparados como soporte para dar clases.

Pero en relación con el psicoanálisis sí tenemos el libro escrito con María Luisa Herreros, *Lo femenino y la vida instintiva*, publicado en 1973. Aunque puede colegirse la autoría de los diferentes capítulos por el estilo y la temática, más epistemológica y general en el caso de Herreros, más apegada a la clínica en el de

Morales, el texto sería discutido y consensuado, modificado en las diferentes lecturas que ambas realizaron, por lo que presentaré esta obra como parte de la investigación de nuestra autora.

En su prólogo, Rof Carballo señala que disiente de las tesis de las autoras, pero recomienda este libro, del que señala su claridad, valentía y profundidad clínica, augurando que “suscitará grandes polémicas. Libro vivo, escrito con pasión y claridad, ha de remover sin duda las aguas un poco demasiado tranquilas de nuestra literatura sobre la sexualidad y el erotismo” (p. 11).

No haré aquí un estudio exhaustivo de este libro de 256 páginas, sino que intentaré mostrar las novedades que ofrece, las diferencias que presenta frente a la visión estándar del psicoanálisis clásico (Freud), fundamentalmente desde Klein y Jung. Un libro para el que se pensó como título original *La repudiación de lo femenino*, en respuesta al comentario que hace Freud en *Análisis terminable e interminable* sobre si “la repudiación de la feminidad puede no ser otra cosa que un hecho biológico, una parte del gran enigma de la sexualidad” (cit. en p. 67).

Contra ese planteamiento, achacando a Freud la “no comprensión del aspecto femenino de la sexualidad” (p. 21), las autoras esgrimen que la sexualidad es fundamentalmente psíquica y no fisiológica, y se aprestan a investigar los contenidos psíquicos que facilitan y acompañan los encuentros sexuales. Esto es, las fantasías que vehiculan. Descubren en su casuística que esas fantasías, conscientes y preconscientes, se encuentran en todos sus pacientes y sin ellas no experimentan la excitación sexual. Unas fantasías cuyo contenido “pertenece al núcleo más secreto y doloroso de los seres humanos” (p. 16) y que “consiste, en general, en representaciones de tipo sadomasoquista” (p. 17). Unas fantasías que se oponen “a las actitudes defensivas y evolutivas del yo” (p. 22).

La explicación de ese sadomasoquismo se basa en la consideración del masoquismo como receptividad pasiva, que se adscribe a lo femenino, y el sadismo como invasión activa, adscrito a lo masculino. Masculino y femenino que se dan en ambos sexos, desde una bisexualidad básica, siendo el sadismo una formación secundaria al masoquismo, hasta el punto de afirmar las autoras que “parte del placer masculino radica en la identificación masoquista femenina” (p. 21).

Refiriéndose así a un “principio femenino” como “aspecto receptor de todos nosotros” y a un “principio masculino”, que “dirige el crecimiento propio a partir de sus propios contenidos internos” (p. 50), concepción que sólo en parte bebe de la idea junguiana de la sicigia ánima/ánimus, hablan seguidamente de crecimiento fototrópico y geotrópico. Este símil botánico sirve para caracterizar dos tipos de crecimiento: “fototrópico hacia la luz y los valores espirituales, geotrópico hacia la materia y el agua nutricia” (p. 55). Las figuras correspondientes a esos dos tipos de crecimiento son las figuras del padre y la madre, respectivamente.

Estos dos tipos de crecimiento, progresivo y regresivo, están al servicio de aquello que las autoras consideran “el instinto fundamental del ser humano, [...] la expansión” (p. 68). Que “en gran medida actúa sin consideración del prójimo”, siendo la destructividad “una manifestación de la expansividad”, por lo que

“difícilmente es comprensible bajo el concepto de Eros” (p. 113). Es decir, el instinto de expansión, ese “deseo de totalidad” (p. 111), se opone al yo, diferenciado penosamente del ello.

Con estas categorías, las autoras señalan cuál es el deseo de la mujer en la relación con el varón, que va en el sentido del crecimiento fototrópico, en pos de esas cualidades evolutivas que “permiten amar a algo superior a ella misma” (p. 25), y que lo procura en el hombre, del que espera ser amada, esto es, alimentada en la seguridad de su propia evolución, tratada con ternura y no ser abandonada. Así, el impulso que lleva a la mujer hacia el hombre es “intentar alcanzar una totalidad fusionándose con otro ser humano sobre el cual se han proyectado fantasías de omnipotencia, aquella omnipotencia que se perdió en el nacimiento” (p. 30). Evidentemente, la buena relación entre los sexos supone que esas fantasías agónicas den paso a “vivencias de compenetración, unidad y totalidad” (p. 33).

Precisamente el desconocimiento del hombre sobre el deseo femenino, muchas veces oculto para las propias mujeres, esa “necesidad femenina de amar al padre-hombre-dios” (p. 75), es el núcleo de la repudiación de lo femenino, con sus catastróficas consecuencias sociales y personales. Porque “la repudiación de lo femenino no se limita a repudiar estrictamente a la mujer, sino que afecta también a los propios componentes femeninos de la bisexualidad humana, quedando el hombre castrado en cuanto a estos componentes, y la mujer notablemente empobrecida al renunciar a ellos para agradar al varón” (p. 204)

Las tesis expuestas en estos tres primeros capítulos del libro (“Sexualidad”, “Bisexualidad” y “La repudiación de lo femenino”) se fundamentan en los tres siguientes, que tratan sobre la constitución del sujeto psíquico humano (“Vida instintiva”, “El ello y el yo” y “El yo y la evolución”).

Tras criticar la noción freudiana de instinto de muerte, desde la empiria de que “la vida no busca la muerte, sino que la muerte empuja a la vida” (p. 103), leen de modo muy diferente las referencias de Freud a las guerras, el odio y el suicidio, sugiriendo un “instinto de expansión” como deseo de totalidad, la antítesis de la disgregación en la nada.

Otras modificaciones de la teoría freudiana tocan a la constitución del superyó: “si en la literatura clásica psicoanalítica se le hace producto derivado del complejo de Edipo, para nosotras tiene un origen precocísimo, porque lo creemos hermano gemelo del yo, nacen y crecen juntos, como la imagen positiva y negativa, porque nos parece que se trata de la percepción penosa del yo, de los límites que se le presentan para una expansión feliz e ilimitada. [...] YO Y SÚPER-YO son pues y para nosotras como el anverso y el reverso de una misma medalla,[... al ser el superyó] una especie de ANTI-YO que está animando desde la sombra a la llamada conciencia moral” (pp. 121 y 123). Un superyó que surge “de la percepción del límite personal, y que mantiene a la vida instintiva cargada de cierta energía y no diluida, cual gas en el espacio” (p. 131).

De ahí la importancia de las transgresiones, contenido del capítulo 7. La transgresión es para nuestras autoras, una “necesidad ineludible del crecimiento,

fruto de la pérdida de totalidad y un vano empeño hacia su recuperación” (p. 188). Ineludible, porque dada su naturaleza evolutiva, el ser humano “siempre intenta vivir atravesando o saltando por encima de algo” (p. 171), en busca de la totalidad perdida. En ese crecimiento, “hay edades durante las cuales las transgresiones ocupan el primer plano, mientras que hay otras donde la reflexión es lo más importante. [...] La vida exige primero una experiencia y después una reflexión” (p. 182).

En esa reflexión juega su papel el psicoanálisis, pues “mucho de nuestro trabajo consiste en comprender, desenmascarar y aclarar los laberintos individuales que son tejidos entre el ‘terco instinto’, como agente propulsor, y el impotente yo, como realizador, y, por impotente, cargado de angustia” (p. 95). Un yo que debe hacerse cargo de la larga historia colectiva que sostiene a cada individuo humano para desplegar su singularidad. Con todos los fracasos y éxitos necesarios en la tarea.

Las autoras vuelven en el capítulo 8, “Transcendencia y amor”, al núcleo de este libro, que no es otro que el amor como vínculo y “vehículo para el futuro” (p. 208), aunque esté “enormemente reprimido” (p. 204). Para ello hay que ir enfrentando los diferentes obstáculos que se oponen a ese amor según sus tipos, dentro y fuera de la sexualidad. El primer obstáculo es la idealización del objeto que supone todo enamoramiento, fruto las más de las veces de “narcisismos maltrechos” (p. 194), que cargan así la relación de aspectos mágicos que dificultan captar la realidad del amado.

Frente a la idealización como ilusión, la sublimación como el destilado de lo real. Para ello es fundamental el símbolo, definido por las autoras en terminología junguiana como transformador de energía. El símbolo es la vía de la transcendencia. Al poner en relación el presente con el pasado y el futuro, “enmascara grandes problemáticas humanas” (p. 219). De ahí que “quien se pone en contacto con sus propios símbolos está obligado a meditar sobre una gran cantidad de aspectos, vivenciando las riquezas personales y cósmicas y modificando el grado de conciencia hacia significados más profundos” (p. 226).

La transcendencia, esa “capacidad de dirigirse hacia el futuro con esperanza y amor” (p. 205), está presente tanto en la responsabilidad individual como en las ciencias epocales, además de en su lugar natural, el ámbito religioso. Es de una importancia cardinal, y podemos ver cómo “la negación de la transcendencia está en relación con la incapacidad para aceptar la conciencia de expansividad” (p. 214).

El capítulo 9 que cierra esta obra lleva por título “Salud mental”. Definida como “resultado de una relación armónica del individuo consigo mismo y con los demás” (p. 229), la salud mental se caracteriza por la libertad interna, la buena relación con uno mismo. El grado de felicidad que supone la salud mental no radica en la perfección, que remite a la soberbia, ni en los bienes materiales o la seguridad e igualdad que pudieran conseguirse, sino en la búsqueda de la identidad.

Dicha búsqueda, a partir de esa “necesidad expansiva, esa energía vital que exige que cada individuo se realice en sí mismo como un todo” (p. 235), está sujeta a la temporalidad, que obliga al “abandono del sentimiento de omnipotencia y totalidad” (p. 240). Habrá que ir paulatinamente descubriéndose en el juego de identificaciones que supone toda vida social hasta perfilar la individualidad. Para lograr sortear todas las dificultades de ese decurso, las autoras señalan algunos valores necesarios, que son rasgos a su vez de salud mental: experiencia, curiosidad, intuición, sentimiento de justicia, gratitud al trabajo ajeno, trabajo propio, un buen esquema corporal y ser capaces de enfrentar las paradojas.

Termina este libro con una reflexión sobre los sueños. Las autoras, que parten de una imagen de la estructura psíquica en la que los personajes en juego son el instinto vital, el yo, el superyó y el ideal del yo en profundo diálogo, entienden que “en el sueño, el impulso expansivo que anima las imágenes tiene que enfrentarse con las posibilidades del YO, con las represiones del SUPER-YO, con las aspiraciones del Ideal del YO; es decir, con problemas que afectan estrictamente a la conservación y desenvolvimiento personales. Las parejas de contrarios, como son geotropismo-fototropismo, pasividad-actividad, vida-muerte, intentan dialogar y, si es posible, llegar a un cierto grado de conciliación dentro del mundo onírico de los humanos”. Por eso consideran que “la vieja concepción freudiana de que el sueño está al servicio del placer es en extremo dubitativa” (p. 256).

Publicado en 1973, al año siguiente de salir al mercado la edición en 7 tomos de las *Obras completas* de Freud, el libro pertenece a una corriente de renovación del psicoanálisis desde la consideración de la sexualidad femenina, dentro de una sensibilidad feminista que empieza en esa época a cobrar consistencia.

Grupos psicoanalíticos

Desde 1968, María Luisa Morales impartirá, de forma honorífica durante los cinco primeros años, actividades de formación en dinámica de grupos dentro de la cátedra del Profesor Pinillos en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. La actividad práctica de grupos de formación se acompañó progresivamente de una práctica teórica, bien consolidada entre 1977 y 1998, año de su jubilación, dentro del Seminario de Formación de Monitores de Grupo.

De las muchas páginas escritas sobre esta temática sólo se publicaron dos pequeños artículos, de autoría colectiva. El primero, titulado “Ensayo de aplicación de la psicoterapia de grupo en un centro de enseñanza media”, ve la luz en el número 228/9 de *Enseñanza Media. Revista de información y orientación didáctica*, correspondiente a enero/febrero de 1971, y viene firmado por ella y A. Serna, con la colaboración de T. Espuny y J. Moreno.

En nota de la redacción se nos dice que “por primera vez publicamos en nuestra revista un trabajo sobre Psicoterapia y Enseñanza [...] Aunque algún

término o expresión, parezca estridente, los autores advierten que son los estereotipados y consagrados en los tratados sobre la materia” (p. 150). Signo claro de la desconfianza hacia el psicoanálisis en nuestro país todavía por esa época. Los propios autores deben escribir en su “introducción” que la “praxis psicoanalítica, a pesar de sus ¾ de siglo de existencia y evolución, es poco conocida” (p. 151).

Práctica entendida como “una técnica que ayuda al hombre en un profundo conocimiento de sí mismo y, por tanto, en un desarrollo más amplio de su personalidad total. [...] Un Humanismo que abarcaría determinados conocimientos científicos manejados con método, aplicados a la comprensión dinámica del hombre” (p. 150), y que aquí se pone en uso para “mostrar alguna de las posibilidades que tiene en el campo de la educación” (p. 151).

El artículo comienza con una cita de Jung tomada de su *Psicología y educación* (conferencias dictadas en Londres en 1924) y termina con otra del mismo autor extraída de su *Teoría del psicoanálisis* (conferencias en la Universidad de Fordham en 1912). El texto es un resumen de las 17 sesiones de grupo tenidas con profesores de un colegio, partiendo de la idea de cómo “ampliando el nivel de conciencia del profesorado, se obtiene inmediatamente una elevación del nivel docente, [... por] ser más capaz de comprender al niño en su realidad concreta” (p. 151). En las “Últimas consideraciones” que cierran este artículo se habla de “la relación de dependencia no sólo con la jerarquía establecida, sino con jerarquías elaboradas valorativamente de forma interiorizada”, concluyéndose que “el gran enemigo de la libertad profunda –en última instancia- no está fuera, sino dentro de nosotros mismos” (p. 156).

El segundo artículo publicado, con las firmas de M. L. Morales, F. Pérez, M. C. Compagni y M.C. Sendín, fue presentado en la XI Reunión anual de la Sociedad Española de Medicina Psicosomática y Psicoterapia en 1972, y publicado en sus actas bajo el título “Grupo operativo de una institución de suburbio”. Se trata de una institución privada de carácter pedagógico “enclavada en un suburbio de clase social predominantemente media-baja, [...] como un intento de proporcionar a los alumnos un ambiente donde no exista la autoridad y que, al mismo tiempo, aleje a los chicos de sus hogares, donde existe un contexto familiar inadecuado para su formación” (p. 103). Un grupo de profesionales ajenos a la educación financiaron la experiencia por amistad con el fundador.

En el transcurso del grupo operativo se descubrió “cómo los fines primordiales de la institución quedaban subordinados a las motivaciones personales mesiánico-redentoristas, que nos parecieron maníacas” (p. 103), y dan noticia de que se habían establecido dos subgrupos. Una “elite”, formada por dos técnicos, el director (“de patología marcadamente narcisística”) y una partenaire, que “se ha constituido en un personaje con un rol materno y ubicuo” (p. 103) por un lado, y el grupo de los educadores por otro.

Aquellas “cuatro personas constituyen el grupo teórico, con pocas horas de dedicación de hecho en la institución y con un sentimiento marcado de superioridad, tendencia al liderazgo y capacidad de juicio valorativo respecto al

otro subgrupo, el cual está constituido por profesionales que pasan su jornada laboral en contacto con la realidad en una actitud masoquista, ya que el sueldo que perciben basta escasamente para mantener una subsistencia. La separación entre los dos subgrupos es una transferencia del sentimiento de la separación de clases. A su vez [...] el subgrupo que se considera asimismo directivo, vive, respecto a los benefactores, una situación secundaria e interiorizada, situación que rechaza desde el punto de vista consciente (es masoquista y pasiva) y que, inconscientemente, se quiere repetir en el centro” (p. 104).

Esta conflictividad se debe al “origen maníaco del grupo, [que] marca toda una patología de falta de contacto con la realidad, [...] y] ya sabemos en psicoanálisis que las posiciones maníacas son difíciles de modificar, porque al no permitir aparecer la depresión y la culpa, los mecanismos reparativos son nulos” (p. 104).

Sirvan estas muestras de la atención de la Dra. M.L. Morales al psicoanálisis grupal aplicado al campo de la pedagogía. Como puede leerse en un guión preparado con ocasión de la propuesta de los seminarios de formación en grupos psicoanalíticos y titulado “Técnicas de grupo como método pedagógico”, sin fechar, “las técnicas de grupo aplicadas a la pedagogía constituyen un experimento y una vivencia que forman de por sí un nuevo campo de operaciones donde queda en pie lo fundamental del trabajo pedagógico, pero como fin, no en cuanto a los medios, estructuración, etc.”

Refiriéndose más específicamente a las bases teóricas de las que parte, escribe más adelante que respecto a “los grupos de seminario de dinámica, contamos con la existencia del inconsciente y damos por válidas en nuestro bagaje interno las principales postulaciones del psicoanálisis freudiano y kleiniano, si bien nos consideramos fuera de la ortodoxia freudiana al rechazar el instinto de muerte y al considerar la fase anal de la libido con menos influencia de la que el psicoanálisis ortodoxo le atribuye, ya que incluso el sadismo lo consideramos más como una manifestación oral”. El aporte psicoanalítico fundamental para el estudio de los grupos psicoanalíticos será la teoría de los supuestos básicos de W.R. Bion (dependencia, ataque/fuga, emparejamiento) que funcionan como resistencias al grupo de trabajo centrado en la tarea.

La dedicación a estos menesteres llevó a M. L. Morales a intentar fundamentar más teóricamente su cometido. Fruto de este interés son dos cursos para los que preparó unos manuscritos mecanográficos que nunca pensó en publicar. El primero, dictado durante el curso 1976-77, se titula *Nociones de sociología*, del que se han conservado 7 clases en 110 páginas. El segundo, *Introducción al estudio de los grupos psicoanalíticos*, con 8 clases en el manuscrito y una extensión de 77 páginas, lo impartiría en 1977-78. Lo sintetizará para otro cursillo en el SEREM, “Sobre grupos”, impartido durante 1978-79, del que se conservan 8 páginas y 2 de bibliografía. Contamos también con un texto de 24 páginas titulado “Introducción al estudio de los grupos terapéuticos psicoanalíticos”, sin fechar, y otro de 3, “Grupos operativos y enfermedad única”. Cierra este ciclo su propuesta de un grupo analítico centrado en la “lectura activa”

de textos literarios, también si fecha, y que propone un taller de arte-terapia a través de la literatura.

Nociones de sociología

El índice de *Nociones...* orienta sobre su finalidad, según el título de los diversos temas: [1] Algunos conceptos empleados en Sociología, [2] Estructuralismo. Estructura. Intercambio. Comunicación: mitos, signos, lenguaje, [3] Historia. Modos de producción. Sistema de clases. Conciencia. Ideología, [4] Alienación. Anomia. Dominación. Psicopatología, [5] Cambio social. Límites de la intervención sociológica, [6] Metodología y [7] Sociedad e individuo.

No contamos con una bibliografía final, tal vez perdida, pero sí aparecen a lo largo del texto los nombres fundamentales de la disciplina, tanto los fundadores (Saint Simon, Comte, Durkheim, Mauss, Marx y Engels, M. Weber, Spencer, Pareto, Tönnies) como los autores que la han consolidado (los americanos Wrigth Mills, Veblen, Packard, Riesman, Mumford y los europeos Sauvy, Dahrendorf, Lapassade, Touraine, Aron, Foucault, Lazarsfeld, Duverger, Duvignaud, Crozier, Lewin, Barnes y otros), con una buena representación antropológica (Mauss, Mead, Whorf, Leenhardt, Radcliffe Brown, Taylor, Levi Strauss, Balandier) y de estudiosos de la comunicación (MacLuhan, Shannon, Jacobson y Trubetzkoj), a los que añadir investigadores de la cultura (Cassirer, Dumézil, Gurtvich) o psicólogos (Köhler, Piaget, Freud o la primera antipsiquiatría de Laing, Cooper, Basaglia, citados estos últimos de pasada). Baste esta panorámica de autores, utilizados para los diferentes temas, sin que falten filósofos como F. Bacon o Nietzsche, para delimitar la temática que aparece en este texto de introducción a la sociología dirigida a psicólogos.

Un texto que empieza en su primer capítulo aclarando los términos centrales de la disciplina (sociedad, comunidad, asociaciones, grupo, instituciones, costumbres, usos, control social, códigos, con una atención especial prestada al concepto de contrainstitución), para centrarse en el segundo capítulo en el planteamiento, central de aquella época, del estructuralismo, entendiendo la estructura social según los modelos conceptual, teórico y global, con una discusión acerca de los modelos matemático y estadístico, y centrándose finalmente en la abstracción. Sigue este segundo capítulo con la introducción de la temática del intercambio y la comunicación, para terminar tratando sobre el mito, los signos y el lenguaje.

El tercer capítulo se centra en la noción de cultura (en su polémica con el de civilización) para entender la historia tal como la presenta el positivismo de Comte y la teoría marxista de los modos de producción, con su conflicto de clases, atendiendo a la estructura económica de la sociedad tecnológica de base capitalista. Desde la noción de clases encara la conciencia social y la ideología.

Continúa naturalmente su indagación, en el capítulo 4, con las nociones de alienación y anomia, y su trasfondo basado en la dominación social, para centrarse posteriormente en el conflicto social (explotación, imperialismo) y su influencia en la psicopatología centrada en el desorden mental. Desde el punto de vista del conflicto social, es tema obligado lo relativo al cambio social, que constituye el tema del capítulo 5. Cambio que se produce naturalmente desde la tecnología, las revoluciones y mutaciones que permiten ver una periodización histórica. Cambio que se expresa en los valores culturales y las ideologías, encarnadas en la élites y los grupos de presión. Termina este capítulo refiriéndose al proceso revolucionario y los límites de la intervención sociológica.

El capítulo 6 se ocupa de la metodología, centrada en la obra clave de Duverger. En primer lugar, trata sobre las técnicas de observación (documental, directa extensiva e intensiva), para pasar después al análisis sistemático (descripción, clasificación, explicación) y al método comparativo. El último capítulo con el que contamos, el 7, que trata de la relación entre individuo y sociedad, se centra en la importancia del grupo para la constitución del individuo.

Indagando sobre la identidad humana, plantea que “en realidad el fenómeno de identidad es un fenómeno de conocimiento” (p. 101), con su base sentimental y emocional. Subraya que “las funciones psicológicas se desarrollan en sociedad” (p. 103), que “hay una unidad básica psicológica en los hombres” (p. 105) y que “la similitud de las percepciones es la base de la relación mutua” (p. 104), dado “el carácter objetivo del medio” (p. 105).

De este modo, afirma que “el sí-mismo forma parte de un campo social compartido” (p. 107). Termina así nuestra autora ocupándose de la “formación del sí-mismo”, que concibe surgiendo “en el curso de la interacción entre individuos y medios” y afirmando que “el sí-mismo no aparece con la vida” (p. 108), sino que “el sí-mismo corporal es el resultado de la relación con las cosas y el sí-mismo psíquico el resultado de la relación con las personas” (p. 108). Debe señalarse María Luisa Morales entiende aquí por sí-mismo “el aspecto consciente del yo” (p. 107). Muy lejos en este caso de la concepción junguiana.

La tesis central es el carácter determinante que tiene lo social sobre el individuo. Ese individuo “es un momento del intercambio” (p. 26) y mantiene “diversas categorías de relación con sus semejantes” (p. 98). Sus “funciones psicológicas se desarrollan en sociedad” (p. 103) e “incluso nuestra estructura corporal requiere la vida social” (p. 104). El ser social del hombre se manifiesta por doquier: “Sin el control social que presupone el otro y su experiencia, nuestra experiencia sería muy limitada” (p. 105). Lo más personal, “el proyecto de vida, la acción deliberada y preparada a un fin es también un producto social” (p. 105).

La psicopatología revela también su impronta social. Partiendo de que todo individuo tiene tensiones por ser social —al verse sujeto a elegir entre modos de conducta—, la psicopatología es el resultado de “tensiones graves continuadas” (p. 61). El propio desorden mental viene determinado culturalmente y, citando a H. Ey, considera que toda anomalía psíquica refleja la posición social y cultural de

quien la sufre. En suma, “la psicopatología estudiará las manifestaciones con que se señalan las soluciones sociales inadecuadas para los individuos” (p. 106).

Si el individuo se hace dentro de sus grupos de referencia y pertenencia, el psicoanálisis grupal es un dispositivo para captar los modos en que esto ocurre. A ese particular dedicará el curso posterior, centrado en la dinámica grupal en términos psicoanalíticos.

Introducción al estudio de los grupos psicoanalíticos

Este curso, impartido en el curso 1977-78 en Psique, constituirá la base de otros escritos menores, donde se encuentran prácticamente los mismos contenidos, incluso párrafos idénticos, que llevan por título “Introducción al estudio de los grupos terapéuticos psicoanalíticos”, sin fecha, y “Sobre grupos”, lección de un cursillo para el SEREM durante el curso 1978-79.

En el folio introductorio a este conjunto de clases, donde se expone el plan de estos 8 “Temas sobre grupos”, escribe que “a lo largo de estas lecciones intentaré exponer fundamentalmente mis puntos de vista sobre el trabajo de grupos psicoanalíticos. [...] En estas comunicaciones sobre grupos se incluye parte de mi experiencia en el seminario de la Facultad, ya que aunque no se trata de un trabajo de psicoanálisis en sentido estricto, sí viene a confirmar la hipótesis de base psicoanalítica” (p. 1).

Es decir, frente a las lecciones sobre sociología, de carácter más teórico e informativo, en estas relativas a los grupos psicoanalíticos, si bien se habla de la obra de algunos autores, fundamentalmente Balint y Bion, junto a pequeñas pinceladas referidas a algunos psicoanalistas (Schilder, Foulkes, Slavson), a otros autores más atentos a la dinámica de grupos (Cartwright y Zander, Egan, Benne, Bach, Bales...) o los representantes de la psicoterapia no psicoanalítica (Rogers, Freedman, Leopold, Anthony...), tratará de aspectos más empíricos, ligados a su trabajo cotidiano.

Empieza refiriéndose a los antecedentes históricos (cap. 1) para encarar después el grupo psicoanalítico como grupo primario (cap 2), dedicando los capítulos 3-5 a la obra de Balint y Bion antes de referirse a la dinámica de grupos (cap. 6). El capítulo 7 se ocupa de la observación de grupos y el 8 de la selección de pacientes.

En el texto se percibe una modificación sustancial respecto al preliminar donde expone el plan de estas lecciones. El tema 3 de este plan lo ocupan en el texto definitivo los capítulos 3-5, y quedan fuera las lecciones relativas a observaciones clínicas (tema 6), los criterios de evaluación de psicoterapia grupal (tema 7) y la relación entre comunicación y salud mental (tema 8).

Partiendo, en sus notas históricas, de la primera muestra de terapia grupal (Pratt, 1905), su incremento en la década de 1920 (psicodrama de Moreno, “clubes terapéuticos” para alcohólicos, enfermos mentales y niños con problemas) y su

despliegue en EEUU, Inglaterra y Francia a partir de 1945, concluye que “aun cuando no podamos decir que existe un cuerpo de doctrina definitivo, los estudios son de un gran interés no solo por el hecho de poder tratar varios enfermos sino por los datos que se aportan sobre las relaciones humanas” (p. 2). El dato fundamental es que todos los miembros del grupo actúan de algún modo como “co-terapeutas”.

Señala posteriormente tres aspectos diferenciales del grupo terapéutico frente a la psicoterapia individual: (1) prehistoria del grupo como fantasma del terapeuta o del paciente, (2) modalidad de reunión y (3) consenso implícito en el grupo ante la distorsión de la percepción individual de la realidad.

En cuanto a (1), afirma que “cuando se comienza un grupo existe ya previamente una serie de fantasías, demoras, expectativas, incluso precipitaciones que entran a jugar un papel muy importante en la disposición de los miembros hacia él” (p. 3).

Respecto a (2), “el grupo CONSTITUYE UN CAMPO DE OPERACIONES DIFERENTE de los demás grupos y de las demás relaciones vividas hasta el momento” (P. 3), con el “ESTABLECIMIENTO DE UNA NUEVA FORMA DE COMUNICACIÓN” (P. 4), correspondiente a los objetivos perseguidos: “la curación a través del autoconocimiento y el cambio mediante el análisis del material que se presenta o explicita en el grupo” (p. 4).

En lo relativo a (3), observa que el grupo “le permite al paciente reunirse con personas que aun cuando sea débilmente tienen esperanzas de curación y ponen en práctica una conducta propicia al cambio, [... con] el consenso implícito de que habrá curación” (p. 4).

Desde ahí, define funcionalmente el grupo como “una serie continuada de sesiones de trabajo efectuado por un número de personas que se reúnen con periodicidad para llevar a cabo un trabajo de conocimiento psicoanalítico” (p. 5). En su naturaleza hay rasgos propios tanto del ‘grupo centrado en sí mismo’, en cuanto se vierte en el aquí y ahora independientemente de los temas emergentes, y del ‘grupo de tarea’, por cuanto su objetivo es psicoanalizarse.

Por otro lado, habla de una “biblia del grupo”, basada en la perspectiva psicoanalítica pero abierta a los avatares del autoconocimiento, “que actúa de underground, incluso ideológico, [...y que] no sería un fin en sí sino un medio” (p. 5). Se trata, en suma, de la base de lo que luego será profundizado con los conceptos de ‘cultura de grupo’ y semejantes.

Una cultura constituida en la urdimbre comunicacional (comunicaciones “preverbales, verbales y postverbales” [p. 6] en donde son relevantes los aspectos proxémicos y no-verbales, además de los explícitamente lingüísticos, con la aparición de metáforas y “sueños de grupo”) que depende de la “estabilidad del grupo” (p. 7). Esto es, la asistencia constante, que asegura “el establecimiento de una cultura común del grupo basada en el conocimiento mutuo y participativo de

los miembros que lo componen [...] constituida por los datos aportados por los miembros” (p. 7).

La vinculación entre los individuos se debe a las transferencias (hacia los terapeutas y el resto de los miembros), en un principio de carácter oral y con la fantasía de la salvación en primer término. Una fantasía que propicia la “cohesión de grupo”, entendida como “el producto originado en el individuo por su ‘fantasma’ de grupo” (p. 8), y que desaparece con el “cambio en el plano de lo real [...] cuando] el individuo puede abandonar una metodología que ya no le es necesaria” (p. 8). Ello supone hacerse cargo de los contenidos inconscientes (esto es, no conscienciados), que la autora define como “la plataforma continental, es decir, un continente oculto” (p. 9).

Para hacer conscientes estos contenidos, “el analista utiliza las mismas herramientas que en un análisis individual: en primer lugar, intento de captación de los problemas, serenidad suficiente para evitar los subjetivismos (si bien cierto grado de subjetivismo es incluso conveniente de comunicar al grupo), interpretación de los contenidos manifiestos y su descodificación y favorecer cuanto pueda las condiciones para que se produzca un esclarecimiento emocional de los hechos” (pp. 9-10), convencida de que “los problemas son de sentimiento y por tanto el orden lógico no los resuelve” (p. 10).

Termina la doctora Morales esta primera lección sobre grupos recordando que “los grupos analíticos son en cierto modo contrainstituciones [...] pero que] no llegan a convertirse en una institución, [...] pues] el fin de un trabajo de grupo supone la libertad e independencia de los miembros del grupo y en último término la no necesidad de este método” (p. 10).

La segunda lección profundiza sobre el aspecto estructural del grupo. Parte de la diferencia establecida por los sociólogos americanos entre grupos primarios/secundarios (siguiendo a Tönnies), definidos según la afectividad dominante en los primeros y la practicidad en los segundos, y grupos pequeños/grandes, que exigen una mayor o menor vinculación individual. Estas dos categorías no son superponibles. Desde este punto de vista, se da el caso que siendo el grupo psicoanalítico secundario en cuanto ‘grupo de tarea’, “podemos considerarlo como primario ya que funciona de una manera primordialmente afectiva durante la mayoría de las sesiones” (p. 12). Afectos dependientes de la transferencia y “el nuevo campo de operaciones” que surge al atender a los signos de lo inconsciente.

Evidentemente, acercarse a lo inconsciente no es asunto fácil. Cita a Jung para recordar que lo reprimido inconsciente genera angustia, por lo que “la aproximación a la emergencia de contenidos inconscientes crea resistencia, resistencia que se manifiesta en agresividad y posturas defensivas que a su vez sólo pueden cesar con la elaboración de esos contenidos y la ubicación en el campo consciente de los impulsos del ELLO, [...] en] un paso lento del ELLO al YO” (p. 13). Ahora bien, la emergencia del ello individual en el grupo va a enfrentarse con el superyó grupal y hace resonar el ello de los restantes miembros.

Pero el grupo como tal insta un principio de realidad, lo que permite afirmar que “el grupo tiene también un aspecto yoico” (p. 14). Tal aspecto yoico está encarnado por el terapeuta, que “corresponde a los aspectos sanos o curados del grupo que está en esos momentos al servicio del grupo” (p. 14). Este juego de concienciación, propio de la especie humana, lleva a la afirmación de que “la situación del grupo en crecimiento es paradigma de la evolución del individuo en el grupo humano” (p. 15).

Entre los aspectos estructurales del grupo, destacan la composición, la disposición y su carácter de cerrado/abierto. Si bien el número idóneo de miembros lo sitúa la Dra. Morales en 7, recordando que este número, igual que la disposición circular que permite la interacción horizontal, “tiene connotaciones mágicas y simbólicas” (p. 15), el asunto fundamental será si el grupo se plantea como cerrado (“familia incestuosa”) o abierto, con la problemática de la inclusión de nuevos miembros.

Los nuevos miembros suelen generar rechazo defensivo en el grupo, que sin embargo “a veces solo se hace consciente con la entrada de un nuevo miembro” (p.17). Este rechazo defensivo, que sigue la pauta de referirse a “nosotros” frente al nuevo para pasar seguidamente a criticar la utilidad del grupo, reproduce la xenofobia, tanto la social como la “exacerbada del neurótico”, que no ha “dado el paso al tres” (p. 18). En todo caso, “la entrada de un nuevo miembro en el grupo reactiva ansiedades paranoicas o de peligrosidad. Por un lado está el rechazo del tercero, además se reactiva el complejo de Caín que tan confusamente se vive en la infancia, y en tercer lugar, todos los equilibrios habidos en el grupo para sobrevivir como grupo, y la constitución de una cultura de grupo, se podrían ver amenazados por la presencia de un nuevo Ello” (p. 18). El recién incorporado necesitará del apoyo del terapeuta, y tal vez algún miembro también lo haga.

Aprovecha la autora esta lección para ver el paralelismo entre los grupos de encuentro de Rogers y los grupos psicoanalíticos, dentro de la proliferación de acercamientos al trabajo grupal, desde la dinámica de grupos hasta el psicodrama. En cualquier caso, más allá de los paralelismos que puedan darse entre estas diversas perspectivas, lo propio de los grupos psicoanalíticos es la atención a los procesos transferenciales.

Como se señaló anteriormente, las tres lecciones siguientes se centran en las aportaciones de Balint y Bion al psicoanálisis grupal. En cuanto al primero, creador de los “grupos Balint” para la elaboración de las ansiedades de los médicos ante su trabajo, la autora subraya su atención a la relación médico-enfermo y los procesos transferenciales y contratransferenciales que mueve. También tiene en cuenta todo lo relativo al ambiente donde se produce el trabajo, diferente para los distintos especialistas médicos, y que viene definido como “la suma total de las condiciones constantes creadas por la forma individual del médico de ejercer la medicina” (p. 26).

Los puntos que trata Balint y que Morales recoge en sus lecciones se refieren a (1) la importancia del examen de su enfermedad por parte del enfermo, (2) las emociones del médico, (3) el enfermo presente/ausente, (4) la personalidad

del médico y (5) el lugar de la psicoterapia en la medicina. Lo fundamental es la actitud de atención a los aspectos emocionales y la apertura a una comprensión que exige espera y escucha.

En lo que toca a la obra de Bion, cuya investigación en grupos es de mayor generalidad que la emprendida por Balint, la autora se centra en su teoría de los “supuestos básicos” —dependencia, emparejamiento, ataque/fuga— que impiden la constitución de un grupo de trabajo, y en los “fenómenos protometales”, con su indiferenciación entre somático y psíquico, que acompañan a cada supuesto básico y mantienen una dialéctica consciente/inconsciente según sea el supuesto básico dominante, con los otros dos latentes.

Bion extiende esta teoría pensada para el grupo a la enfermedad como tal, física, donde podría manifestarse la misma dialéctica emocional. El sistema categorial propuesto por Bion al respecto partiría de la “matriz” protomental de la enfermedad, las “asociaciones” psíquicas (emocionales y representacionales) latentes ligadas a ella y la “causa” psíquica inmediata que produce su aparición.

En su siguiente lección, dedicada a la dinámica de grupos, partirá de la teoría bioniana, aunque da también noticia de los aspectos relevantes para la psicoterapia de grupo en la obra de Egan, con referencias laterales a otros autores como Benne (grupos T) o Jourad (el disimulo). Del escocés Gerard Egan, estudioso de los grupos centrados en el desarrollo interpersonal, objetivo propio de toda dinámica de grupos, entendidos como “grupos contractuales”, toma la idea de que en estos grupos “se trata de llevar a cabo la autorrevelación, la expresión de los sentimientos, el apoyo y el enfrentamiento con la autoexploración como respuesta a éste. Estas sería las conductas interactivas específicas que definen el objetivo de los grupos de desarrollo interpersonal” (pp. 52-3)

El aspecto cardinal es la comunicación, con sus componentes “pathos” (emoción), “logos” (verbo y expresión no verbal) y “poiesis” (integración de los niveles anteriores). Las dificultades y omisiones en la comunicación producen una “privación social” autoinfligida. Precisamente el grupo contractual será “un laboratorio en el que los participantes se reúnen para determinar si son víctimas o no de alguna forma de privación social autoinfligida y si es así encontrar los modos de remediar tal situación por una actividad comunitaria” (PP. 54-5). Entre las omisiones, el disimulo y el secreto tendrán consecuencias patógenas.

Los modos de comunicación en estos grupos, pensados para la autorrevelación, toman el modo de “relato” (compromiso) o “historia” (no compromiso). Dependerá del apoyo y tipo de escucha para que haya una mayor subjetivación del discurso, entre los polos de la empatía (Rogers), que facilita la comunicación de lo penoso, y el enfrentamiento (Egan), que evita ambigüedades y propicia el autoexamen.

Tras esta introducción en autores relevantes, las siguientes lecciones, 7 y 8, serán eminentemente empíricas. Tratan de la observación de grupos y de la selección de pacientes, con una referencia al terapeuta y las ‘respuesta G’.

La lección 7 parte de la caracterización del grupo psicoanalítico como “UNA GRAN RED DE COMUNICACIONES” con una “intensidad emocional que puede [...] alcanzar cotas muy elevadas”; de ahí que “la presencia de un solo terapeuta no facilita el conocimiento de lo que realmente sucede en un grupo”. Por esa razón, la autora considera “preferible la asistencia de un observador o varios y si se pudiera la asistencia de dos terapeutas para el trabajo en grupo”. Aparece por lo tanto el observador como una ayuda al terapeuta, que le permite ejercer su función como “un YO curado al servicio del grupo” (p. 60 para todos los entrecomillados). Así, “uno de los papeles de los observadores es el de apoyar emocionalmente al terapeuta, ayudándole empáticamente” ((p. 63)

La función objetiva del observador es “REGISTRAR LAS SESIONES DE GRUPO”, con una observación “tamizada, dirigida o seleccionada” (p. 60) que conste en los “protocolos de registro” (p. 61), conformando así el “material de control terapéutico y didáctico de la terapia de grupo” (p. 62). La observación puede consistir en una mera percepción de los fenómenos grupales o intervenir el observador en la dinámica verbal.

Pero más allá de su función evidente en el grupo de trabajo, el observador mueve más emociones grupales, siendo objeto de demandas masivas: “proyecciones paranoides sobre el contenido de lo que escribe, proyecciones hostiles sobre su persona, envidia que puede ser muy destructiva, se vuelcan con frecuencia en él” (p. 61). Más regresivamente, “las fantasías orales del grupo se centran en él y en su trabajo y sirve además de chivo expiatorio de la agresividad hacia el terapeuta” (p. 62). Si se incorpora a un grupo ya constituido, “se suceden reactivaciones de la fase esquizo-paranoide” (p. 62).

Todas esas perturbaciones ligadas al observador funcionan como “un indicador de lo que sucede” y “las comunicaciones del grupo que aparecen como reacción ante la presencia del observador tienen un valor diagnóstico y deben ser empleadas para el esclarecimiento” (p. 62). Por otro lado, tal presión emocional implica que “ES IMPRESCINDIBLE QUE EL OBSERVADOR TENGA UNA CAPACIDAD DE COMPRENSIÓN EMOCIONAL DE LAS PERSONAS Y POR SUPUESTO DE SÍ MISMO” (p. 61).

La Dra. Morales trata a continuación lo relativo al registro. El primer lugar, se refiere a los protocolos, que “deben incluir todas las sesiones, con especial énfasis en recoger muy extensamente una sesión con cierta periodicidad, por ejemplo cada tres meses, para hacer un estudio comparativo de estas sesiones con especial atención a las pautas de comunicación verbal” (p. 64). No considera pertinentes los cuestionarios que proponen Bach (sociométrico) o el de Schilder por demasiado extenso.

El protocolo que ella propone que levante el observador consta de “(1) datos de filiación del grupo: día, hora y número de sesión, (2) asistentes especificados por hora de llegada, (3) reloj de tomas, [...] un gráfico circular en el que se inscriben los temas surgidos en el grupo, en su lugar horario, (4) breve dibujo de la topografía de los asistentes y sillas (proxémica) con indicación de si hay algún cambio y (5) registro tipo literario de las comunicaciones, [...] como una

obra de teatro” (p. 65). A ello se le añadirían anotaciones sobre ideas, fantasías o sentimientos que puede experimentar el observador, o deseos de intervenir, partiendo del aspecto contratransferencial que implican.

Desde un punto de vista gráfico, son también importantes los diagramas que indican las pautas de comunicación en el grupo, a modo de grafos (comunicaciones centradas en el líder o el grupo, aislamiento de un miembro, subagrupaciones o monopolización) y los cuadros donde pueden anotarse las interacciones entre los diferentes miembros.

Estos planteamientos sobre la observación, en su aspecto empírico, no el interpretativo, serán profundizados y puestos en práctica una década después en la obra, escrita en común con Luisa M^a Froufe y Enrique Galán, *Investigaciones en grupos 1* (1986), que permanece inédito.

La lección 8 que cierra el curso se refiere a los criterios de selección de pacientes y al papel del terapeuta en el grupo. Tras señalar los criterios propuestos por diversos autores (Slavson, Freedman y Sweet, Leopold y Anthony), se decanta por los grupos no homogéneos, cuyas diferencias (edad, educación, género...) desencadenan dinámicas más ricas, aunque algunas patologías (alcoholismo y demás toxicomanías, psicosis graves o psicopatías floridas, por el miedo que puedan procurar, enfermedades médicas específicas, problemáticas sociales...) aconsejan grupos homogéneos. Sea cual sea la casuística, “el grupo es un foro abierto para un constante descubrimiento” (p. 74).

En cuanto al terapeuta, la autora recuerda que “es también miembro del grupo que dirige” y “debe considerar con realismo su propio sistema de valores, sus temores y reacciones contratransferenciales al decidir el trabajo con grupos” (p. 74). Pues se verá enfrentado con una panoplia de emociones y redes transferenciales que no siempre es posible captar con claridad.

Pueden seguirse, como señales en todo ese maremágnum comunicacional, una serie de respuestas que se repiten, conocidas como ‘respuestas G’, “peculiares a la terapia de grupo [...]: en los grupos psicoanalíticos el terapeuta haría bien en tener las respuestas G en mente, para utilizarlas en el proceso del grupo en vez de limitar las interacciones. El conocimiento de esas respuestas es de importancia para la homeostasis, [... ese] equilibrio de la angustia de los diferentes miembros” (p. 75).

Las respuestas G que recoge la Dra. Morales son: “(1) transferencia múltiple, (2) asociaciones reactivas, (3) mecanismos de defensa, (4) actings out, (5) la carambola, (6) subgrupos, (7) fragmentación del grupo, (8) cambio en el estatus de un miembro del grupo, (9) ataques al terapeuta, (10) intentos para aniquilar a un miembro del grupo, (11) reacción ante el ingreso de un miembro nuevo y (12) sensación de haber alcanzado una meseta”(pp. 75-6).

En su texto conservado sólo hablará de la transferencia múltiple, en virtud de la cual “cualquier paciente en un grupo de terapia puede crear transferencias múltiples con varias personas en el grupo, cada una de las cuales puede tener un

significado diferente simbólico respecto a él, [... y por ello] las distintas personas del grupo permiten que cada paciente reaccione a una amplia variedad de estímulos transferenciales” (p. 76). Se ven claros rasgos familiares en esta transferencia múltiple, que “aparece sin que sea necesario un esfuerzo para lograrla” (p. 77).

Renacimiento

Recojo bajo esta denominación los escritos de la Dra. Morales elaborados durante la década de 1980. Tratan sobre prestigiosos autores españoles del siglo XVI, entre ellos los místicos cardinales, para señalar en sus obras los conocimientos psicológicos que pueden concordar con los planteamientos psicoanalíticos. Su objetivo es demostrar el valor psicológico de la literatura y cómo ésta es una cantera para la psicología y la psiquiatría. Se inscribe así en una larga tendencia médica.

El fulcro de esta producción lo constituye su tesis doctoral, *Juan de Dios y sus aportaciones a la asistencia*, de 1989. Previamente a esa fecha, contamos con un texto de 1982, “Estudio sobre la ‘Nueva Filosofía de la Naturaleza del Hombre’”, alrededor de la obra de Oliva Sabuco, y el escrito de 1983 “El ‘Coloquio de los perros’ desde un punto de vista psicoanalítico”, publicado en el *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada* en su vol. V.

Posteriores a esa fecha, en la década de 1990, son los artículos “Algunas reflexiones sobre el *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz” (1994) y otros dos, no fechados, “Aspectos psicológicos de la obra de Santa Teresa de Jesús en la primera parte del *Libro de las Fundaciones*” y el resumen de su tesis, “Aportaciones psicológicas de Juan Ciudad Duarte (San Juan de Dios)”.

Estos artículos, preparados como intervenciones en Congresos, buscan fundamentalmente repertoriar en la obra de esos autores renacentistas la descripción de fenómenos psíquicos descritos por el psicoanálisis. Su factura suele constar de una introducción histórica y biográfica, a la que sigue un centón de citas de esos autores donde se revela algo de la clínica o el pensamiento psicoanalítico. Esa estructura hace muy complicada la síntesis. Así que sólo me referiré a las conclusiones.

En 1587 se publica en Madrid *Nueva Filosofía de la Naturaleza del Hombre*. Su autora, Oliva Sabuco de Nantes, nacida en 1566, es hija del médico Miguel Sabuco, que algunos estudiosos sostienen ser el verdadero autor de la obra. Tal vez este libro fuera el resultado de las conversaciones dentro de los círculos erasmistas, con su apuesta por el criterio propio frente al de las autoridades.

Lo que subraya Marisa Morales de esta obra médica es su atención al origen afectivo de las enfermedades y a la conversación como técnica terapéutica. Va pasando revista a los diferentes capítulos del libro de Oliva, deteniéndose en el III, para señalar el dolor espiritual del hombre consciente de la temporalidad y el

efecto del mal imaginado. Según Oliva Sabuco, “el enojo y pesar, [son] el principal enemigo de la naturaleza humana”.

Se extiende posteriormente sobre los diversos “afectos causantes de enfermedad, entre los que cita el miedo y temor, la pérdida de lo que se ama o no poder alcanzar el placer deseado, el placer y el deseo intenso o inesperado, el aspecto de desconfianza o desesperanza del bien, el odio y la enemistad, la vergüenza, la congoja, la visión del dolor o el sufrimiento, la pérdida de libertad”, según se va desplegando su texto a lo largo de los capítulos VII al XVII, siguiendo la vía preciosa de los pecados capitales. En ese cap. XVII se refiere a la envidia, en el XX a los celos y en el XXI a la venganza. Klein no anda lejos.

En cuanto al tratamiento de estos males, esos “Remedios contra el enojo y pesar”, como se titula el capítulo V, presenta dos principios de tratamiento: (1) “saber y entender todo lo dicho” y (2) “palabras de buen entendimiento y razones del alma”, esas “palabras de un buen amigo o del médico [...] consolatorias y de buena esperanza”, añadiendo en el VI un tercer principio, (3) la “insinuación retórica”. Tratamientos por la palabra, esto es, psicoterapia, que intenta conseguir en el afligido su salud, cifrada en “la alegría, contento y placer; esperanza del bien; buen calor de estómago”.

El escrito de la Dra Morales dedicado al “Coloquio de los perros”, que pone punto final a la novela cervantina *Casamiento engañoso*, presenta 36 ítems de fenómenos psicoanalíticos que pueden ejemplificarse con citas de ese escrito de Cervantes. Expurgando la lista de estos “elementos propios de la técnica y teoría analítica” encontrados, podemos señalar algunos: la escucha, la técnica del diálogo, la elección del confidente y el secreto; la importancia de los sueños; la asociación libre; la “falacia básica” de culpar al otro; la angustia del nacimiento; la interacción padre-hijo; la imagen negativa de la madre; el pensamiento mágico; la “artificialidad de la relación” analítica; el inconsciente ahistórico y atemporal; el desplazamiento y la sublimación; la imposibilidad del psicoanálisis mutuo...

Dentro de la tradición médica de hacer uso de la literatura para la intelección de la enfermedad, nuestra autora recuerda la anécdota de Sydenham recomendando a un estudiante que leyera el *Quijote* si quería ser buen médico. Y me consta el amor que tenía Marisa Morales por este libro cardinal de nuestra literatura.

En 1989, La Dra. Morales entrega su tesis de doctorado. Es una investigación sobre Juan de Dios, fundador de la orden religiosa conocida por Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, fundada en 1571. La tesis consta de una primera parte, donde se presenta la vida y obra de Juan Ciudad Duarte, nacido en 1500, su peripecia vital y su transformación radical al escuchar a Juan de Ávila en 1539. Una alteración tal que le llevó a un hospital de locos. Ahí comprendió que debía dedicar su vida a crear instituciones para tratarlos mejor de lo que había visto. La segunda parte de la tesis es un estudio del libro de ingresos en el Hospital de Juan de Dios en Granada entre 1574 y 1577. Termina con un apéndice documental sobre este hospital y su libro de ingresos, antes de establecer sus conclusiones.

Resume su tesis en su artículo, sin fecha, “Aportaciones psicológicas de Juan Ciudad Duarte (San Juan de Dios)”. En su *abstract* inicial, señala que este autor “es el gran renovador de la asistencia hospitalaria. [...] pero] sólo disponemos como textos propios de seis cartas”, además de las Constituciones de los hospitales con sus reglamentos, para orientarnos en su pensamiento. Como discípulo de Juan de Ávila, se reconocen en su obra y práctica hospitalaria “antecedentes de conocimientos psicológicos”.

En cuanto a su biografía, nuestra autora subraya que “existe un proceso de sublimación llevado a cabo en los últimos once años de su vida. En esta etapa cumple un proceso de individuación con la sintetización en su biografía de las tres culturas que constituyen nuestro entramado histórico”. Desde un punto de vista más psicológico, la autora se centra en sus sueños y visiones y en los símbolos que transmite a sus discípulos (cayado, capacha, granada, estrella, cruz, “palabras clave” y la advocación al Arcángel San Rafael, protector de los caminantes).

Respecto a sus aspectos psicológicos biográficos, la autora diferencia dos: (1) su proceso intrapsíquico que implica nada menos que la curación de una psicosis” y (2) “la psicología práctica y aplicada que tiene a su vez dos direcciones, la organizativa que podríamos llamar fundacional y la asistencia o conducta terapéutica inmediata con el sujeto enfermo y necesitado”.

Las Constituciones de los diferentes hospitales van desgranando sus concepciones asistenciales, partiendo de la dignidad del sujeto enfermo para su cuidado, limpieza y tratamiento, entendiendo “el sentido general de la enfermedad como un proceso regresivo que debe ser tratado como fuente de regeneración, [...] claramente asumida la realidad psicosomática y social del enfermo, [...] y proponiendo] la persuasión y paciencia en el diálogo”, antecedente de algún modo de la obra de Oliva Sabuco, también la de Santa Teresa.

Siguiendo con el estudio de estos autores erasmistas, en su mayor parte judíos conversos, Morales Zaragoza dedica un artículo a Juan de la Cruz, “Algunas reflexiones sobre el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz”, fechado en 1994, y otro a “Los aspectos psicológicos de la obra de Santa Teresa de Jesús en la primera parte de el *Libro de las Fundaciones*”, sin fecha.

En el primero, María Luisa Morales escribe que “en una lectura cuidadosa del *Cántico* nos ha parecido encontrar expresadas situaciones de las que nos ocupamos cotidianamente en el trabajo psicoanalítico. En él nos ocupamos del deseo, de sus transformaciones. De la carencia. De ‘recuerdos de fantasías’ y de fantasías. De grandes imágenes e imagos que configuran nuestro psiquismo interior. De las dificultades de la libido de objeto y de la consecución del placer. De la necesidad de la elevación mental. De la trascendencia de nuestros actos. Del sentido de pertenencia y armonía con el universo”. Va así nuestra autora escogiendo los pasajes de la esta obra del místico, tan deudora de el *Cantar de los cantares*, que dan fe de esos fenómenos.

El artículo sobre Santa Teresa se inicia con estas palabras: “La obra de Santa Teresa de Jesús se ocupa del fenómeno de la evolución, crecimiento y desarrollo humano prácticamente en todas sus obras. Esto resulta especialmente relevante en los ocho primeros capítulos del *Libro de las Fundaciones*. En él desarrolla advertencias a confesores, prioras y maestras de novicias sobre la enfermedad mental, los casos límite y la conducta a seguir en tales situaciones”. Concluye su *abstract* señalando que “por tratarse de una de las principales escritoras del Siglo de Oro que manifiesta tales conocimientos de psicología intuitiva y psicopatología creemos merece un lugar en la historia de nuestra disciplina”.

De este libro escrito en 1574, Morales va delimitando los comentarios que afectan a la introspección, con sus dudas, y el cuidado de los demás, interpretando psicoanalíticamente los asertos y descripciones de la Santa. Desgranando los capítulos, nuestra autora va señalando contenidos psicológicos y morales: “la obediencia para alcanzar la virtud y la humildad”, “la naturaleza de los fenómenos que se presentan en la vida contemplativa”; “la importancia de la formación psicológica de las prioras como muy necesaria para distinguir la posibilidad de engaños sobre la naturaleza de los fenómenos, entre los cuales da una gran importancia a la melancolía”; “la dificultad de la comprensión psicológica y el peligro de interpretar estrechamente o rígidamente la vida ajena”; “la finalidad de la vida contemplativa es alcanzar el amor”; la relación entre principio de realidad/placer a partir del análisis del ‘deleite’ y el ‘gusto’ y el paso de la libido narcisista a la libido de objeto en “la evolución de la contemplación”; “la aceptación de rendimientos psíquicos no habituales”. Y, siendo María Luisa Morales especialista en grupos, señala también como un gran logro de la Santa que destaque “como fundamental en un sistema comunitario jerarquizado y con biblia de grupo el mantenimiento de la obediencia y la importancia del conocimiento de sí mismos que deben tener ante todo los superiores o ciertos cargos de responsabilidad. El autoconocimiento estaría así en la base de la eficacia”.

Literatura

Este informe sobre la obra de la Dra. María Luisa Morales no es sólo esquemático, sino necesariamente incompleto. No poseo toda la documentación, sé que falta en ella todo lo relativo a la obra literaria, fuera *La Regenta* o el *Quijote*, a los que dedicó tiempo y placer. Sólo puedo hablar aquí de su prólogo de *Marta y María*, de su amiga Victoria Atienza. Este texto es un análisis psicológico del poemario basándose en determinados versos.

Titulado “La poética de dos polaridades de lo femenino”, escribe que “en todo el libro subyace el diálogo interior de dos polaridades alternantes en su aparición a nuestra vista, [...] pero simultáneas en la base del ser femenino. [...] Marta, la mujer práctica que transforma, cuidando, el mundo, y María, la mujer contemplativa para quien ‘sólo el amor cuenta’”. Este poemario, “desde una poética del autoconocimiento, nos indica el progresivo conocimiento del mundo en su realidad solar y espacial y el despegue del alma de las configuraciones primitivas”.

Con estas palabras cierro mi informe, confiado en que vayan apareciendo textos suyos en posesión de colegas y discípulos, de tal modo que pueda

redondearse lo que por ahora sólo es la columna vertebral de una obra generalmente escrita con ocasión de un trabajo directo con alumnos o discípulos, más que con ánimo de publicar. Sólo contamos con el libro escrito junto a su analista y los textos breves que he repertoriado en su momento.

Pero en esta visión panorámica, creo que se revelan los intereses profesionales de Marisa Morales Zaragoza. Su dedicación a la psiquiatría, optando por la dinámica (Freud y Jung) desde el principio, con una visión antropológica de la medicina. Como psicoanalista, su atención a la temática de lo femenino, tan coja en el psicoanálisis clásico, y su apoyo a las mujeres, con el ejemplo de su querida Teresa de Ávila. La voluntad mantenida para que el psicoanálisis grupal se consolidara dentro de la profesión, con el gran éxito de haber podido enseñarlo en la Universidad de forma práctica. Y sus estudios finales sobre estos autores del Siglo de Oro, utilizando categorías psicoanalíticas deudoras de Freud, Jung, Klein, Winnicott, Bion, o los más cercanos culturalmente Bleger o Ravscoski, para delimitar el fenómeno psíquico objetivado en los textos de estos escritores mayores de nuestra literatura.

Escritores adscritos, en su mayoría, como judíos conversos, al erasmismo español. Un pensamiento que hace hincapié en la libertad de pensamiento, las costumbres sencillas y generosas y la importancia del mito de Cristo en la vida de cada cual, con *Imitación de Cristo* como libro de cabecera.

Podemos decir, para concluir, que Marisa Morales Zaragoza tiene mucho de aquellos judíos conversos que abrazaron el erasmismo en el Siglo de Oro.

Enrique Galán Santamaría
Octubre 2015